BABILONIA Y LA CIUDAD DE DIOS

La visión objetiva del proyecto de Dios sobre el hombre y la rebelión de éste, que quiere ser el único propietario de la creación.

«En este primer miércoles de Adviento, tiempo litúrgico de silencio, "vigilancia y oración como preparación para la Navidad, meditamos el "salmo 136, que se ha hecho célebre en la versión latina de su inicio, "Super flumina Babylonis. El texto evoca la tragedia que vivió el pueblo "judío durante la destrucción de Jerusalén, acaecida en el año 586 a.C., "y el sucesivo y consiguiente destierro en Babilonia. Se trata de un canto "nacional de dolor, marcado por una profunda nostalgia por lo que se "había perdido.

»Esta apremiante invocación al Señor para que libre a sus fieles de "la esclavitud babilónica expresa también los sentimientos de esperanza "y espera de la salvación con los que hemos iniciado nuestro camino de "Adviento.

».....

»Vamos a utilizar una meditación de San Agustín sobre este salmo. "En ella el gran padre de la Iglesia introduce una nota sorprendente y "de gran actualidad: sabe que incluso entre los habitantes de Babilonia "hay personas comprometidas en favor de la paz y del bien de la comu-"nidad, aunque no comparten la fe bíblica, es decir, aunque no conocen "la esperanza en la ciudad eterna a la que aspiramos. Llevan en sí mis-"mos una chispa de deseo de algo desconocido, de algo más grande, de "algo trascendente, de una verdadera redención. Y él dice que incluso "entre los perseguidores, entre los no creyentes, se encuentran personas "con esa chispa, con una especie de fe, de esperanza, en la medida que "les es posible en las circunstancias en que viven. Con esta fe también "en una realidad desconocida, están realmente en camino hacia la ver-"dadera Jerusalén, hacia Cristo. Y con esta apertura de esperanza tam-

Fundación Speiro

"bién para los babilonios —como los llama Agustín—, para los que no "conocen a Cristo, y ni siquiera a Dios, y a pesar de ello desean algo des- "conocido, algo eterno, nos exhorta también a nosotros a no fijarnos "simplemente en las cosas materiales del momento presente, sino que a "perseverar en el camino hacia Dios. Sólo con esta esperanza más gran- "de podemos también transformar este mundo, de modo adecuado. San "Agustín lo dice con estas palabras: «Si somos ciudadanos de Jerusalén, "(...) y debemos vivir en esta tierra, en la confusión del mundo presente, "en esta Babilonia, donde no vivimos como ciudadanos sino como pri- "sioneros, es necesario que no sólo cantemos lo que dice el salmo, sino "que también lo vivamos: esto se hace con una aspiración profunda del "corazón, plena y religiosamente deseoso de la ciudad eterna».

»Y añade, refiriéndose a la «ciudad terrestre llamada Babilonia»: "«Tiene personas que, impulsadas por el amor a ella, se esfuerzan por "garantizar la paz —la paz temporal—, sin alimentar en su corazón "otra esperanza, más aún, poniendo en esto toda su alegría, sin buscar "nada más. Y vemos que se esfuerzan al máximo por ser útiles a la socie- "dad terrena. Ahora bien, si se comprometen con conciencia pura en "este esfuerzo, Dios no permitirá que perezcan con Babilonia, pues los "ha predestinado a ser ciudadanos de Jerusalén, pero con tal de que, "viviendo en Babilonia, no tengan su soberbia, su lujo caduco y su irri- "tante arrogancia. (...) Ve su esclavitud y les mostrará la otra ciudad, "por la que deben suspirar verdaderamente y hacia la cual deben diri- "gir todo esfuerzo» (Esposizioni sui Salmi, *136, 1-2:* Nuova Biblioteca "Agostiniana, *XXVIII, Roma, 1977, págs. 397-399).*

»Pidamos al Señor que en todos nosotros se despierte este deseo, esta "apertura hacia Dios, y que también los que no conocen a Cristo sean "tocados por su amor, de forma que todos juntos estemos en peregrina- "ción hacia la ciudad definitiva y la luz de esta ciudad brille también "en nuestro tiempo y en nuestro mundo».

BENEDICTO XVI: Catequesis durante la audiencia general del miércoles 30 de noviembre. *L'Osservatore Romano,* edición semanal en lengua española, año XXXVII, núm. 48 (1927), 2 de diciembre de 2005.

La idolatría del hombre actual, se representa claramente en su eterna tentación de buscar la salvación en "las obras de sus

Fundación Speiro

manos" poniendo su enseñanza en la riqueza y el poder con el éxito material.

«Por otro lado, se presenta la idolatría (cf. vv. 15-18), manifestación "de una religiosidad desviada y engañosa. En efecto, el ídolo no es más " que «hechura de manos humanas», un producto de los deseos humanos; "por tanto, es incapaz de superar los límites propios de las criaturas. "Ciertamente, tiene una forma humana, con boca, ojos, orejas, gargan- "ta, pero es inerte, no tiene vida, como sucede precisamente a una esta- "tua inanimada (cf. Sal. 113, 4-8).

»El destino de quienes adoran a estos objetos sin vida es llegar a ser "semejantes a ellos: impotentes, frágiles, inertes. En esta descripción de la "idolatría como religión falsa se representa claramente la eterna ten- "tación del hombre de buscar la salvación en «las obras de sus manos», "poniendo su esperanza en la riqueza, en el poder, en el éxito, en lo "material. Por desgracia, a quienes actúan de esa manera, adorando la "riqueza, lo material, les sucede lo que ya describía de modo eficaz el "profeta Isaías: «A quien se apega a la ceniza, su corazón engañado le "extravía. No salvará su vida. Nunca dirá "¿Acaso lo que tengo en la "mano es engañoso?"» (Is 44, 20)».

BENEDICTO XVI: Catequesis durante la audiencia general del miércoles 5 de octubre. *L'Osservatore Romano,* edición semanal en lengua española, año XXXVII, núm. 40 (1919), 7 de octubre de 2005.

Los hombres queremos ser los únicos propietarios de la creación, que nos ha sido dada para administrarla. La exclusión de Dios de la vida pública y su admisión como opinión privada no es tolerancia sino hipocresía.

«Los hombres usurpamos la creación que, por decirlo así, nos ha sido "dada para administrarla. Queremos ser sus únicos propietarios. Quere- "mos poseer el mundo y nuestra misma vida de modo ilimitado. Dios es "un estorbo para nosotros. O se hace de él una simple frase devota o se lo "niega del todo, excluyéndolo de la vida pública, de modo que pierda "todo significado. La tolerancia que, por decirlo así, admite a Dios como

Fundación Speiro

"opinión privada, pero le niega el ámbito público, la realidad del mundo "y de nuestra vida, no es tolerancia sino hipocresía».

BENEDICTO XVI: Homilía en la solemne misa de apertura de la XI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, domingo 2 de octubre. *L'Osservatore Romano,* edición semanal en lengua española, año XXXVII, núm. 40 (1919), 7 de octubre de 2005.

La uva buena que Dios esperaba de su vida eran el derecho y la justicia y las agrazones culpa del hombre son la violencia, el derramamiento de sangre y la operación bajo el yugo de la injusticia.

«Con esto hemos llegado automáticamente al segundo pensamiento "fundamental de las lecturas de hoy. Como hemos escuchado, hablan "ante todo de la bondad de la creación de Dios y de la grandeza de la "elección con la que él nos busca y nos ama. Pero también hablan de la "historia desarrollada sucesivamente, del fracaso del hombre. Dios plan- "tó cepas muy selectas y, sin embargo, dieron agrazones. Y nos pregun- "tamos: ¿En qué consisten estos agrazones? La uva buena que Dios espe- "raba —dice el profeta—, sería el derecho y la justicia. En cambio, los "agrazones son la violencia, el derramamiento de sangre y la opresión, "que hacen sufrir a la gente bajo el yugo de la injusticia».

BENEDICTO XVI: Homilía en la solemne misa de apertura de la XI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, domingo 2 de octubre. *L'Osservatore Romano,* edición semanal en lengua española, año XXXVII, núm. 40 (1919), 7 de octubre de 2005.

Ante el creciente laicismo, que pretende reducir a la esfera privada la vida religiosa sin ninguna manifestación social pública, la Iglesia sabe muy bien que el mensaje cristiano refuerza e ilumina los principios básicos de toda convivencia.

«Ante el creciente laicismo, que pretende reducir la vida religiosa de "los ciudadanos a la esfera privada, sin ninguna manifestación social y "pública, la Iglesia sabe muy bien que el mensaje cristiano refuerza e ilu-

Fundación Speiro

"mina los principios básicos de toda convivencia, como el don sagrado "de la vida, la dignidad de la persona junto con la igualdad e inviola- "bilidad de sus derechos, el valor irrenunciable del matrimonio y de la "familia, que no se puede equiparar ni confundir con otras formas de "uniones humanas».

Benedicto XVI: Discurso al nuevo embajador de México ante la Santa Sede, el 24 de septiembre. *L'Osservatore Romano,* edición semanal en lengua española, año XXXVII, núm. 39 (1918), 30 de septiembre de 2005.

Fundación Speiro